

X Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Escuela de Historia de la Facultad de Humanidades y Artes, Universidad Nacional del Rosario. Departamento de Historia de la Facultad de Ciencias de la Educación, Universidad Nacional del Litoral, Rosario, 2005.

De los barrios al centro. Raúl Scalabrini Ortiz en La Nación, 1929.

Rodríguez, Fernando Diego.

Cita:

Rodríguez, Fernando Diego (2005). *De los barrios al centro. Raúl Scalabrini Ortiz en La Nación, 1929. X Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Escuela de Historia de la Facultad de Humanidades y Artes, Universidad Nacional del Rosario. Departamento de Historia de la Facultad de Ciencias de la Educación, Universidad Nacional del Litoral, Rosario.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-006/327>

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

**X JORNADAS INTERESCUELAS/DEPARTAMENTOS DE HISTORIA;
Rosario 20, 21, 22 y 23 de septiembre de 2005.**

Mesa N° 34: “Representaciones de la vida pública y privada: medios, cultura, poder”

Ponencia:

Título: De los barrios al centro. Raúl Scalabrini Ortiz en *La Nación*, 1929.

Autor: Fernando Diego Rodríguez. Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires

Introducción

Hoy opacada por la alta visibilidad que su obra ensayística e historiográfica¹ logró a partir de los años 30, la figura de Raúl Scalabrini Ortiz como periodista y partícipe del ámbito de las vanguardias literarias en la década de 1920, merece ser recobrada a fin de que sus diversas estaciones puedan, acaso, ilustrarnos sobre las instancias de profesionalización en el campo intelectual y los modos, a veces azarosos, por los cuales una serie de temas van encontrando el espacio y el tono de su expresión en un autor determinado.

Por ello, aunque sea brevemente, recordaremos algunas instancias particulares de su biografía intelectual hasta encontrarnos finalmente con la diaria producción de su columna “A través de la ciudad” en el diario de los Mitre, en 1929.

Raúl Scalabrini Ortiz nació en la provincia de Corrientes el 14 de febrero de 1898; cuatro años más tarde la familia se radicaría en Buenos Aires. En esta ciudad inicia y abandona la carrera de Ingeniería, para diplomarse finalmente como agrimensor en 1919².

¹ Nos referimos especialmente a sus tres obras emblemáticas: *El hombre que está solo y espera* (1931), *Política Británica en el Río de la Plata* (1940) e *Historia de los Ferrocarriles Argentinos* (1940).

² La biografía más completa sobre Scalabrini Ortiz es la publicada por Norberto Galasso, *Vida de Scalabrini Ortiz*, Buenos Aires, Ediciones del Mar Dulce, 1970.

Con respecto a los estudios críticos sobre su obra, son numerosos, pero creemos importante destacar: Adolfo Prieto, “El hombre que está solo y espera”, en *Estudios de Literatura Argentina*, Buenos Aires, Galerna, 1969; Beatriz Sarlo, *Una modernidad periférica. Buenos Aires, 1920 y 1930*, Buenos Aires, Nueva Visión, 1988, cap. VIII, “La imaginación histórica”; Eduardo Romano- Seminario Scalabrini Ortiz, *Las huellas de la imaginación*, Buenos Aires, Puntosur, 1991; María Teresa Gramuglio, “Posiciones, transformaciones y debates en la literatura”, en Alejandro Cattaruzza, (dir.), *Crisis económica, avance del Estado e incertidumbre política* (1930-1943), Buenos Aires, Sudamericana, 2001, t. VII de la Nueva Historia Argentina, cap. VIII; Tulio Halperín Donghi, *La Argentina y la tormenta del mundo. Ideas e ideologías entre 1930 y 1945*, Buenos Aires, Siglo Veintiuno, 2203; del mismo autor, *La república imposible (1930-1945)*, Buenos Aires, Ariel, 2004; Víctor Pesce, “Estudio preliminar y cronología”, en Raúl Scalabrini Ortiz, *La Manga*, Buenos Aires,

Por entonces, participa de la primera agrupación comunista universitaria, Insurrexit, experiencia que evocaría años más tarde, hacia 1928: “En la época de la guerra contribuí a formar el grupo comunista Insurrexit. Esos dogmas no me desvelan ahora pero la práctica del comunismo dejó en mí una huella tan honda que mi espíritu parece un par de brazos fraternales”.³ Por esos años también comienza su interés por las letras y por el deporte, destacándose en la práctica del boxeo amateur en el Club Universitario de Buenos Aires.

La vida universitaria deriva en él -como ocurrirá con muchos otros intelectuales de su generación- hacia el interés por las letras, en un Buenos Aires que por entonces asiste a la puesta en escena de algunos procesos culturales importantes con el arribo y recreación local de las vanguardias estéticas de la primera posguerra. Así, hacia 1922, Scalabrini Ortiz comienza a frecuentar el círculo de escritores que se da cita en la librería de quien sería su primer editor, don Manuel Gleizer, entre los que se cuentan Leopoldo Marechal, Jorge Luís Borges, Arturo Cancela, Nicolás Olivari, entre otros; algunas de estas relaciones serán sus puentes iniciales hacia el mundo del periodismo y la literatura. Es así que en 1923 publica, a instancias del propio Gleizer, su libro de cuentos titulado *La Manga* y comienza a escribir ocasionalmente para *La Nación* y *El Hogar*.

En 1924 sobrevendrá su primer viaje a Europa, del que regresa al cabo de cuatro meses. Nuevamente en Buenos Aires, es en la más prestigiosa de las revistas de la nueva generación, *Martín Fierro*, donde encuentra un lugar de expresión. Allí comparte la aventura editorial que dirigía Evar Méndez, durante dos intensos años, con Ricardo Güiraldes, Borges, Marechal, Oliverio Girondo, Olivari, Enrique Molinari, Horacio Rega Molina y buena parte de los nuevos escritores, músicos y pintores de la vanguardia porteña. La firma de Scalabrini aparece en la revista con cierta regularidad desde mayo de 1926 hasta el cierre de la publicación, en noviembre de 1927. A partir de este momento, la presencia de Scalabrini en el ámbito de la nueva estética y del periodismo masivo porteño se multiplica hasta alcanzar una alta visibilidad hacia fines de la década.

Así, se hace preciso atender a la actividad de Scalabrini en el seno de las vanguardias, ya que es en este terreno común de los cafés —en especial el Royal Keller, emplazado en la esquina de Corrientes y Esmeralda, que nuestro autor transformará mas

Librería Histórica, 2003 y más recientemente Alejandro Cattaruzza y Fernando D. Rodríguez (prefacio) y Sylvia Saïtta (posfacio) a *El hombre que está solo y espera*, Buenos Aires, Biblos, 2005.

³ *Claridad* N°40 (162), Buenos Aires, 14-7-1928, sin número de página.

tarde en el vértice del espíritu porteño—, las redacciones de *La Nación*, *El Mundo* —donde reemplaza por un tiempo a Roberto Arlt— y la de *Martín Fierro*, en sus excursiones nocturnas por un Buenos Aires que comienza a conocer palmo a palmo, y en las conversaciones con aquel maestro de jóvenes que era Macedonio Fernández, donde comienza a elaborar y publicar los materiales que constituirán el esqueleto textual e ideal de su primer —y acaso mayor— éxito editorial: *El hombre que está solo y espera*. Pese a su cercanía con los hombres de Florida, Scalabrini asiste por esos años a peñas y encuentros de otros círculos artísticos, como el que se reúne en el Tortoni alrededor de Alfonsina Storni, Quinquela y Filiberto, y a su vez traba estrecha relación con escritores del grupo de Boedo.

Fue en los años que siguen a su regreso de Europa cuando Scalabrini comenzó a definir su proyecto literario. Mientras Borges es atrapado por los suburbios, por esa zona de la ciudad imprecisamente urbanizada, por sus personajes legatarios del antiguo coraje criollo, Scalabrini por su parte instala el corazón de Buenos Aires y el núcleo de sus preocupaciones en el centro mismo de la ciudad: Corrientes y Esmeralda, el Royal Keller, las angulosas perspectivas de los nuevos edificios y las muchedumbres anónimas que la transitan.

La actividad literaria y periodística de Scalabrini parece funcionar plenamente en la prosecución de un objetivo preciso pero para el cual no encuentra aún la forma definitiva: dar cuenta del hombre porteño, de sus angustias e ideales, de su soledad que es ante todo soledad sexual. Es así que, alcanzada ya cierta notoriedad en el medio literario, y excluyendo el módico suceso de *La manga*, faltaba para su consagración la publicación de una obra de envergadura. Scalabrini lo sabía, pero la transformación de sus reflexiones en *El hombre que está solo y espera* se demoró cuatro años; es posible sostener, con alguna evidencia empírica, que el producto previsto por Scalabrini era en principio una novela, convertida finalmente en el ensayo conocido.

Concluida en noviembre de 1927 su participación en la revista *Martín Fierro* debido al abrupto cierre de la misma, que ya en su momento se relacionó con la constitución del Comité de Intelectuales Yrigoyenistas, integrado por Borges, Marechal, los hermanos Tuñón, Francisco Luís Bernárdez, Ulises Petit de Murat, entre otros (entre quienes no se contaron Scalabrini Ortiz ni Macedonio Fernández), Scalabrini continúa, después de aquel

episodio, publicando en el espacio de las vanguardias, en la revista *Pulso*, donde por breve tiempo y bajo la dirección del inefable Alberto Hidalgo, parece recomponerse aquel frente de la renovación estética porteña.

La actividad de Scalabrini se multiplica en el ambiente literario y periodístico a partir de mediados de 1928. En ese año ordena, junto al hijo de Macedonio, los papeles de su maestro en cuestiones filosóficas y se encarga de la publicación de *No toda es vigilia la de los ojos abiertos*. A partir del año siguiente, su presencia en el campo periodístico alcanza su punto de mayor intensidad. La revista *El Hogar* lo convoca para reemplazar a Nicolás Coronado en la sección de crítica teatral, un tema que para él no es nuevo, ya que ha ensayado en 1926, sin éxito, una entrada en la dramaturgia con la obra *La Bestezuela Indomable*. Por su parte, el diario *La Nación* lo contrata a comienzos de 1929 para escribir una columna titulada “A través de la ciudad”, que es la que aquí trataremos en particular. En el diario de los Mitre trabará varias amistades, en especial la de Eduardo Mallea y Enrique Méndez Calzada.

Su perfil de cronista urbano se afirma cuando, entre septiembre y noviembre de 1929, suplanta en el diario *El Mundo* la columna de “Aguafuertes Porteñas”, de Roberto Arlt, con una que titula “Apuntes Porteños”. Tanto esta serie de *El Mundo* como aquella de *La Nación* fueron no solo ejercicios de la práctica del periodismo profesional, sino también los capítulos provisorios de una novela urbana. En su archivo personal constan prolijamente anotados los encabezamientos de cada uno de los “Apuntes Porteños”, que aparecen junto al título de una posible obra: “Un escritor porteño. La vida de la ciudad”. A continuación, anota la frase que sigue: “a esto se le podría agregar pequeñas instantáneas porteñas sacadas de ‘A través de la ciudad’”, y por fin un desafiante “¿por qué no?”, doblemente subrayado.⁴

De esta forma, el anticipo que la revista *Claridad* ofrecía, en 1928, de su breve autobiografía luego incorporada a la compilación de Miranda Klix *Cuentistas argentinos de hoy*⁵, se revela como el provisorio balance de un escritor que ya se halla en el camino de la

⁴ Original en: Archivo y biblioteca de Raúl Scalabrini Ortiz. Debo agradecer muy especialmente a Olga Funes, encargada de este archivo que se encuentra en la Asociación del Personal de Dirección de Ferrocarriles Argentinos, su esfuerzo por facilitar mi tarea en esa institución. Durante varios meses, he consultado allí, junto a Alejandro Cattaruzza y a Sylvia Saïtta, materiales inéditos, libretas de notas y apuntes varios pertenecientes a Scalabrini Ortiz para la elaboración de los citados prefacios a la nueva edición de *El hombre que está solo y espera*. En el marco de aquella investigación hemos dado con el conjunto de notas y manuscritos que constituyen la base de esta ponencia.

⁵ *Claridad*, N°40 (162), 14-7-1928

consagración. En aquella pieza publicada en *Claridad*, Scalabrini ofrece algunas claves acerca de cómo concebía su propia trayectoria. Sostiene así que su juventud “está tirada por todas las calles de Buenos Aires”, y que ha dejado “ternuras en todas las casas de lenocinio”, para evocar luego el viaje a Europa de 1924. Scalabrini vuelve una vez más a especular sobre la tarea literaria a la que se siente llamado: “Mi gran aspiración actual: el alma de Buenos Aires, el alma del hombre que yo he situado en Corrientes y Esmeralda, pero que también se halla en cualquier café poblado de machos en celo”, son las imágenes que aparecen en las notas de su archivo personal y también las que aparecerán en *El hombre...* La autobiografía ofrecida incluye también las opiniones de Scalabrini sobre uno de los desvelos de su generación: “Debo decir que, para mí, literariamente la República Argentina termina en Belgrano. Los nacionalismos políticos no me interesan, aunque sentimentalmente todo lo argentino me preocupe”.⁶

En el razonamiento de Scalabrini, esa obra que registre el “alma argentina” está condenada a resolverse en clave absolutamente urbana: los procedimientos habituales del criollismo le parecen agotados. En el mismo período en que desarrolla la columna del diario *La Nación* que aquí trataremos, comenta en un reportaje publicado en *La Razón*: “el gaucho no existe, y los paisanos exaltados a Intendentes de los pueblos del interior, procuran imitar las costumbres porteñas, produciendo un tipo híbrido que literariamente no interesa”.⁷

El movimiento del 6 de setiembre de 1930 encontrará a Scalabrini Ortiz volcado entonces con decisión al periodismo y a las letras en general. En noviembre de 1931, luego de haber presentado el original de “El hombre que está solo y espera” en octubre para aspirar al Premio Municipal de Literatura, Scalabrini veía por fin su libro publicado por Gleizer; la edición que comenzó a circular a fines de aquel año se convirtió pronto en un notorio éxito de público. Arranca para nuestro autor otra historia donde las tramas de la literatura y la política se irán acomodando y transformando hasta dar al fin con un Scalabrini, el de los años 40 y 50, más reconocible para las generaciones que a partir de la década de 1960, hicieron de él uno de los pilares del pensamiento “nacional y popular”. Esa

⁶ *Claridad* N°40 (162), 14-7-1928

⁷ *La Razón*, 13 de abril de 1929.

es, como dijimos, otra historia, y en mérito a la propuesta original de este trabajo volveremos sobre nuestros pasos en la vida de Scalabrini para revelar su encuentro paralelo con la “ciudad material”, parte insoslayable en la construcción de su “otra” ciudad, la de ese hombre para siempre instalado en el cruce de Corrientes y Esmeralda, lugar transitado hasta el hartazgo por todos los imaginarios porteños.

A través de la ciudad con Scalabrini Ortiz.

Desde mediados de los años 20 los temas vinculados a la ciudad, cobran una alta visibilidad en la prensa periódica. Buenos Aires toma, desde el Centenario, material y simbólicamente un impulso hasta entonces desconocido, la grilla de las calles comienza a definir nuevos barrios, el transporte a acercarlos al centro. En la medida en que los retazos de campo, todavía importantes, comienzan a desaparecer, nace la mitología borgeana de las orillas. El nuevo periodismo de *El Mundo* y *Crítica* se hace reiteradamente eco de los reclamos vecinales, ante un estado municipal al que siempre se ve en mora con la ejecución de obras necesarias para dotar a los nuevos barrios de los servicios básicos, reclamos que además están amplificadas por la presencia de un creciente movimiento fomentista⁸. *La Nación* decide, entonces, salir también ella a intervenir en este espacio urbano que es, además, ámbito de captación de lectores entre las nuevas elites barriales de profesionales y pequeños comerciantes. No es que este diario no se ocupara de estos temas con anterioridad, en sus páginas los asuntos “municipales” siempre tuvieron un tratamiento amplio, tanto en las noticias legislativas como en los distintos debates que la urbanización iba planteando. Los “Amigos de la Ciudad”, organización de notables que intervenía en ellos, hallan frecuente cabida a sus opiniones en las páginas del diario. Pero, sin duda se percibe que otra cosa hace falta, tal vez algo no tan audaz como lo de Roberto Arlt en “El Mundo” y por supuesto algo que no fuese “intolerable” para “La Nación” y sus lectores como seguramente lo eran las notas de “Crítica”. Es así que a partir del mes de enero de 1929, contrata a Raúl Scalabrini Ortiz para que sea él, una pluma vinculada notoriamente a

⁸ Luciano de Privitellio, en su libro *Vecinos y Ciudadanos. Política y sociedad en la Buenos Aires de Entreguerras*, Buenos Aires, Siglo Veintiuno, 2003, desarrolla con precisión el desarrollo del fomentismo en la ciudad de Buenos Aires y sus vinculaciones con el poder político. Véase especialmente el Cap. 3 “Las sociedades de Fomento”.

las vanguardias literarias, pero a su vez un escritor elegante y con cierto saber técnico, quien se haga cargo del desafío de llevar adelante una columna diaria –excepto domingos– que titulará “A través de la Ciudad”. Esta columna se publicó hasta el mes de agosto de ese mismo año ocupando generalmente la página 6 u 8 del diario, donde también tenían su lugar las noticias universitarias y educacionales en general, a las que el diario siempre dio un espacio regular.

Scalabrini asume así, de un día para el otro un nuevo personaje: el de fiscal urbano. A él llegan, por vía de notas o llamadas al diario, gran cantidad de reclamos de lo más variados: pavimentos, luz pública, desagües, etc. y él los publica agregando cada día un prolijo croquis urbano de su propia autoría, donde dibuja la esquina, o del barrio con problemas.

Si muchas veces los reclamantes son individuales, especialmente en el caso de los comerciantes acosados por codiciosos inspectores municipales, otras tantas los peticionantes asumen una forma institucional, como en el caso de las Sociedades de Fomento.⁹ Algunas de ellas como las de Liniers y Caballito Sur se convierten en interlocutores habituales por lo cual estos barrios ocupan un lugar recurrente en la columna.

Pero Scalabrini no se acomoda a la situación de ser un mero receptor pasivo de denuncias y uno puede resistir la tentación de hacer con ellas pequeñas piezas de erudición filosófica y de ambición literaria. Las notas de su amigo y colega Arlt, en el diario *El Mundo*¹⁰ seguramente funcionaron como un sugestivo espejo donde mirarse, no obstante, como veremos en las páginas que siguen, las propias modalidades de la escritura de Scalabrini, así como el molde –y los límites– que podía ofrecer un diario como *La Nación*, dieron como resultado un producto notoriamente diferente.

De esta forma, Scalabrini aborda la producción de casi doscientas notas en el término de pocos meses. Estos artículos poseen una característica común: por sobre las temáticas puntuales desarrolladas, se trata de textos atravesados por las inquietudes literarias y filosóficas del autor, lo cual confiere a la columna una extraña cualidad. Si en

⁹ Gran cantidad de Sociedades de Fomento se dirigen regularmente a Scalabrini para presentar sus reclamos, entre las que lo hacen más asiduamente se encuentran: Caballito Sur, Unión y Cultura (Liniers), Villa General Mitre y La Gironda (Liniers).

¹⁰ Véase Sylvia Saïta, prólogo a *Roberto Arlt. Aguafuertes porteñas: cultura y política*, Buenos Aires, Losada, 1994 y de la misma autora, *El escritor en el bosque de ladrillos. Una biografía de Roberto Arlt*,

La Nación casi nadie firma –para ello, a diferencia de los nuevos diarios como *Crítica*, se debe tener un alto grado de consagración-, Scalabrini se desmarca del estilo en general pacato del diario y suplanta la presencia de su nombre por las marcas de una escritura que pueda ser reconocible, sobre todo por sus compañeros de la vida literaria.

En la nota “Nuevos Relojes”, donde se ocupa de los relojes públicos que la Municipalidad colocó en algunas esquinas y que hace meses que no funcionan, Scalabrini se permite presentar así el problema a sus lectores:

“Sin resultado, los filósofos cubren piadosamente con el matorral de sus especulaciones el abismo de la duración y de la permanencia. En balde asegura Montaigne que ‘filosofar es aprender a morir’. Inútilmente Kant pretende convencernos de que el tiempo es un ‘concepto a priori’. En vano Macedonio Fernández nos regala una inmortalidad en la potencia de una pasión instantánea, y nos enseña Bergson que es apenas el intervalo de dos instantes, ficticio como el movimiento logrado en engaño visual de una cinta cinematográfica. (...) Mas engreída que los filósofos, que sólo buscaron desviar el objeto de nuestra reflexión, la Municipalidad quiere detenerlo (al tiempo) de un modo arbitrario. De acuerdo a los inmóviles relojes colocados en las esquinas que Rivadavia forma con Medrano, avenida La Plata y José María Moreno, la población de Caballito gozará de una permanencia ilimitada de sus actuales situaciones...”¹¹

Varias veces más insistirá con Macedonio y en otras tantas su pluma de deslizará por florituras literarias como en su presentación “vanguardista” de los peligros de las piletas públicas: “Un cubo de agua con cinco caras de mampostería y una de cielo” o en su mirada sobre una calesita incómodamente ubicada en el aristocrático Barrio Norte: “Un jamelgo agro, bajo la ceguera de una venda, trota leguas inmóviles al compás de un organito que resucita valsés y marchas olvidadas.”

Con su columna como ariete, Scalabrini se convierte en un agente de la modernización urbana, situándose distante de cualquier concesión sentimental, y para que esta modernidad, que está ocurriendo caóticamente a su alrededor se plasme en la ciudad, orienta sus escritos –por sobre la diversidad enorme de casos puntuales- en tres direcciones principales: la primera, marcadamente denunciante, arremete contra los agentes municipales encarnados en la figura del “inspector” y la abusiva presión impositiva sobre los pequeños comerciantes; la segunda línea de intervención es la que le permite, en

Buenos Aires, Sudamericana, 2000. En 1934, Roberto Arlt escribirá en *El Mundo* una columna muy similar a ésta que Scalabrini redacta en 1929, se llamará: *La ciudad se queja*.

¹¹ *La Nación*, 12-3-29, p. 6

multitud de ejemplos, poner en juego su propio saber técnico –el de agrimensor- a la vez que pone de relieve la ineptitud de las oficinas técnicas municipales; y, por último, en lo que podríamos anticipadamente caracterizar como el “anticlímax del populismo urbano”, su prédica a favor de la desaparición de todo lo montaraz e indecente que queda aún en el paisaje y en las prácticas urbanas. Una apuesta decidida por el barrio cordial y progresista. Un alegato contra el barrio “reo”, que, sin embargo, al enunciarse lo revela literariamente.

Comerciantes e inspectores. Una contienda infinita.

“Si se castigara la incuria, pocos habrían de ser los empelados municipales que cobrarán el sueldo”¹². Así se despacha Scalabrini en una de sus notas. Todo lo que proviene del estado comunal es para el sinónimo de ineficacia, pereza burocrática y a la vez cae en la sospecha de “arreglos” ilegales. No es sin embargo la figura del Intendente, al que se cuida bien de nombrar – estamos en la Intendencia del radical José Luís Cantilo 1928-1930-, la que atrae sus dardos literarios, sino mas bien la de la tercera o cuarta línea del poder comunal: en primer lugar los inspectores, aquellos que parecen estar sólo para hacer imposible la vida del ciudadano, en particular la del comerciante, y, apenas un escalón mas abajo todos los empleados de las oficinas municipales a los que por una razón y otra deben concurrir los porteños. Sólo una oficina municipal alcanza su clemencia y no casualmente: la Oficina de Topografía, donde muy probablemente trabajasen viejos compañeros de estudio. Para ellos pide, en una nota, un aumento de sueldos e incluso justifica las “negligencias en los servicios que de ellos dependen” de la situación de injusticia salarial en que se encuentran.¹³

Si bien su mirada hacia el conjunto de los empleados públicos es peyorativa y se alinea con lo que en su tiempo ya es una tradición en la opinión urbana, no se ocupa directamente del empleo en el estado nacional, cuyo crecimiento en tiempos de Irigoyen es visto por un diario como *La Nación* como una muestra de mala administración¹⁴, sino que se detiene obsesivamente, como dijimos, en el espectro municipal, especialmente en *el*

¹² *La Nación*, 25-4-29, p.8

¹³ “Sueldos Municipales”, *La Nación*, 8-2-29. p. 8

inspector . La presencia de este personaje es tan cotidiana como la columna misma. Scalabrini organiza su trabajo abriendo siempre sus notas con algún ejemplo de la prepotencia impositiva comunal. Donde Scalabrini detecta un problema, al lado de éste, por acción u omisión, se encuentra el Inspector, la asiduidad y las distintas situaciones en que este personaje aparece señalado, dibujan una ciudad saturada cuadra a cuadra, manzana a manzana, por su presencia. La contrafigura del inspector, es el sufrido pequeño comerciante de barrio. En este contrapunto encontramos al sujeto para el que la sección parece estar destinada, un sujeto social que desde mediados de la década anterior está apareciendo con fuerza en los nuevos barrios que se van ocupando con la extensión progresiva de la urbanización hacia los suburbios.

Scalabrini recoge diariamente los reclamos de estos comerciantes y lanza algunas campañas precisas en su ayuda. Una de ellas es la que lleva adelante contra las Ferias Francas Municipales. Al autor no parece importarle el objetivo declarado de abaratamiento de precios con que han sido establecidas. Lo que ve y denuncia es un flagrante caso de competencia desleal, de descontrol, de suciedad y por supuesto de oscuras connivencias entre feriantes e inspectores. Otra lo lleva a protestar por las onerosas nuevas licencias para el expendio de bebidas alcohólicas y por los abusos cometidos por los inspectores al momento de categorizar a los locales comerciales según el tipo de bebida que expenden¹⁵. En julio publica una nota pidiendo el fin de los gravámenes a los alcoholes: “Un comerciante de la calle Belgrano 1229 asegura que los impuestos totales que debe abonar anualmente superan el monto de su capital en giro. (...) Lo que se busca con estos gravámenes es fomentar el expendio clandestino de alcoholes. Todos los comercios ilegales dejan ganancias apetecibles a los encargados de su vigilancia”.

¹⁴ Una sola referencia al aumento de la burocracia nacional encontramos, en su nota “Destino de los tranvías” dice: “...los coches que llegan al Jardín Zoológico deberían volver cargados de bestias salvajes y los que van hasta la casa de Gobierno, rebosando empleos”, La Nación 19-4-29, pág.6

¹⁵ Curiosamente la costumbre del Vermouth en los bares-almacenes de los barrios puede estar ligada a la expansión que era bebida conoció a partir de que la Municipalidad la asimiló en el pago de impuestos a los vinos y cervezas, cuya tasa era menor a la de otras bebidas alcohólicas. De esta forma muchos comerciantes la incorporaron y promocionaron en sus locales. No obstante Scalabrini deja asentadas varias denuncias de propietarios de bares por la acción de inspectores que labraban actas de infracción impositiva desconociendo de hecho esa norma.

Esta campaña a favor del pequeño comerciante alcanza un punto inigualable cuando el 22 de mayo, bajo el título de “Las lecherías pierden dinero”¹⁶, demuestre con un detallado balance de Ingresos y Egresos –con amortización de capital incluido-, la inviabilidad de estos comercios debido a la presión tributaria, especialmente la municipal. Su interés por el cálculo económico por entonces va corriendo pareja con sus afanes literarios y a su tiempo encontrará un campo de aplicación más amplio que el de las lecherías: ferrocarriles y empréstitos.

La mirada técnica

Sin duda el par ciudad-técnica es el núcleo donde Scalabrini centra su preocupación sobre lo urbano. La ciudad está cambiando mas rápidamente de lo que su pluma puede dar cuenta, por ello este abordaje técnico que ensaya, es una forma de estabilizar su mirada, una suerte de puesta en foco que le hace posible tomar autoridad sobre los asuntos que se le presentan asunto y de esa forma dotar de densidad y sentido a lo que prometía ser una columna mas de quejas vecinales, perdida entre otras tantas del diario.

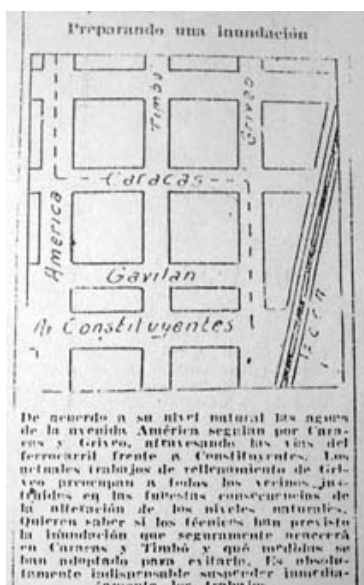
En este punto se hace inevitable la referencia a Roberto Arlt. De él Beatriz Sarlo ha planteado con razón que “La ciudad y la técnica obsesionan la imaginación de Arlt: ambas lo empujan no sólo a ampliar un espacio temático, sino a construir una forma y un ideal de belleza. (...) A diferencia de Borges que, en los años veinte, funda una mitología urbana marcada por el sentido del pasado histórico y del pasado de la ciudad, para Arlt, la cuestión se resuelve en una nueva fundación literaria, con materiales de una escenografía desarticulada por el caos del crecimiento urbano y el industrialismo”¹⁷. Scalabrini, muy cercano a Arlt por esos años, participa de esta sensibilidad al abordar el tema de la ciudad, pero en lugar de llevar las consecuencias de la mirada técnica hacia una construcción irónica, corrosiva y cuasi-ficcional como Arlt en sus “Aguafuertes”, se detiene obsesivamente a demostrar en cada caso el error técnico y su posible solución. Scalabrini se presenta a sí mismo como el técnico que puede incidir en la planificación urbana,

¹⁶ La Nación, 22-5-1929, p. 8

¹⁷ Beatriz Sarlo, “La imaginación técnica. Sueños modernos de la cultura argentina”, Buenos Aires, Nueva Visión, 1992, p. 45.

demuestra que posee un saber específico por el cual se puede acudir a él no sólo como periodista.

Buenos Aires iba completando por entonces la grilla de sus calles y articulando sus diferentes barrios entre sí y con el centro histórico, todo ello en el marco relativamente reciente del *Proyecto de Urbanización del Municipio* sancionado en 1925 bajo la Intendencia de Carlos Noel¹⁸. Las notas de Scalabrini van puntuando, sin oponerse al mismo, las fallas técnicas en la ejecución del plan y el primer punto en el que lo hacen es en la cuestión de la nivelación de las calles y los malos cálculos realizados tanto para el escurrimiento de las aguas pluviales como para la extensión del tendido sanitario. Un ejemplo entre tantos puede ser el dramático mensaje gráfico que titula “Preparando una inundación”:



En otros casos avanza aún más en la demostración de sus habilidades y para hacerlo utiliza, como vemos más abajo, aquellos saberes técnicos adquiridos en la universidad y de su puño dibuja las distintas cotas de altura sobre el trazado de las calles para dar cuenta del error cometido por quienes calcularon la capacidad de una alcantarilla:

¹⁸ En este punto seguimos a Adrián Gorelik: “La Grilla y el Parque. Espacio público y cultura urbana en Buenos Aires, 1887-1936”. Gorelik sintetiza así la trascendencia y singularidad del Plan: “El *Proyecto Orgánico* es el punto más alto de enunciación urbanística de la expansión de la ciudad a través de un modelo de conjunción entre la grilla y el parque, articulando la experiencia de formación espontánea de los barrios con nuevas aproximaciones teóricas que permiten proyectarla a una dimensión regional. En verdad, el *Proyecto Orgánico* se demuestra así como el punto más alto de desarrollo de las líneas del reformismo técnico público”. Bernal, UNQ, 1998. p. 322.



Las intervenciones de Scalabrini acompañan el trazado “moderno” de la ciudad señalando a la vez sus deudas, lo que queda pendiente de rellenar, trazar, abrir, sanear, etc. Así, una de las cuestiones recurrentes en su columna es la denuncia de los terrenos baldíos librados “a la mano de Dios”. Distante, como señalamos más arriba, de cualquier añoranza romántica sobre un pasado de Buenos Aires que la literatura comenzaba a asentar en las orillas, nuestro autor ve con “horror moderno” las incursiones materiales del campo en la ciudad. Una nota muy sugestiva al respecto es la que titula “Tropas de ganado en Ciudadela”, allí pinta en pocas líneas la situación real de la urbanización más allá de lo que el plano del *Plan Orgánico* ha dibujado:

“Políticamente la Capital tiene límites bien netos. Dos ríos la circundan por el Sur el Este y una avenida demasiado ancha para ser verosímil la delimita por el Norte y el Oeste. Prácticamente los límites son menos definidos, por lo menos los terrestres. La llanura se organiza en suburbio poco a poco. Por su parte la ciudad se difunde lentamente. Todo eso está muy bien, pero los pobladores que residen en esa zona ambigua, que no es ciudad ni campo, soportan los inconvenientes de ambos. Ciudadela, por ejemplo, no tiene ninguna ventaja sobre el campo. Las tropas de ganados que se dirigen a los mataderos transitan tranquilamente por las calles”¹⁹

En otras notas, caracterizará a la esquina de Concordia y Bacacay como “un resto de Pampa descuidado” o protestará por la presencia de caballerizas (como la de Tronador y

¹⁹ La Nación, 2-7-1929, p. 6

Monroe) y de distintos tipos de conjuntos de animales de granja a lo largo y ancho de la ciudad. Al recibir la denuncia de uno de estos establos, esta vez en la céntrica calle Tucumán al 2500, titula “Un arca de Noé” y tras dibujar el mapita de rigor, para que no queden dudas de la localización del engendro que denuncia, escribe:

“En los fondos de una finca de la calle Tucumán al 2500 se ha establecido un arca de Noé. Conviven allí seis caballos y varios carneros y cabras. Las aves abundan, palomas sobre todo. Además pululan cantidades prodigiosas de ratas gigantes e innumerables de moscas de agresiva opulencia. (...) Los roedores, insectos, olores, relinchos y ruidos de patadas, conciertan la mejor demostración de la impropia ubicación del arca que debía estar en la cumbre misma del monte Ararat”²⁰

Ordenar la grilla, nivelar la ciudad, cegar las últimas trazas de campo que distraigan la mirada sobre el perfil de ciudad moderna que el autor y sus lectores imaginan. Tal el sentido general de un trabajo que Scalabrini toma con doble pasión de literato y técnico. Pero, aún hay más, Scalabrini también quiere ordenar aspectos del *funcionamiento* de la Ciudad. Para ello, pone la grilla en movimiento e interviene para proponer ajustes en lo que hoy llamamos “mobiliario urbano” y para señalar a las autoridades la conveniencia de adoptar nuevos sentidos del tránsito de autos, tranvías y personas.

Todo comienza con pequeñas cosas que se transforman en logros personales, el 2 de abril de 1929 pide en su columna que el buzón de la esquina de Florida y Bartolomé Mitre sea trasladado para mayor comodidad a su actual ubicación en la puerta del Banco de Boston, Scalabrini lo festeja, en algo le han dado la razón: “En los días se pierden los años; el trabajo es fecundo, y otros aforismos podrían utilizarse para iniciar un elogio de la diligencia y actividad desplegadas por la Dirección de Correos. Hace dos días dijimos que el buzón de Bartolomé Mitre y Florida molestaba a los transeúntes de esa arteria y que su traslado era fácil. La Dirección lo ha observado, y no ha defraudado la confianza implícita en la afirmación.”²¹. De esta forma puede, módicamente, demostrar cierta eficacia a los lectores que siguen enviándole sus mensajes con demandas diversas. Otra pequeña campaña que emprende y culmina con éxito es la de colocación de cartelitos en los tranvías, según un diseño propuesto por él mismo en el diario:

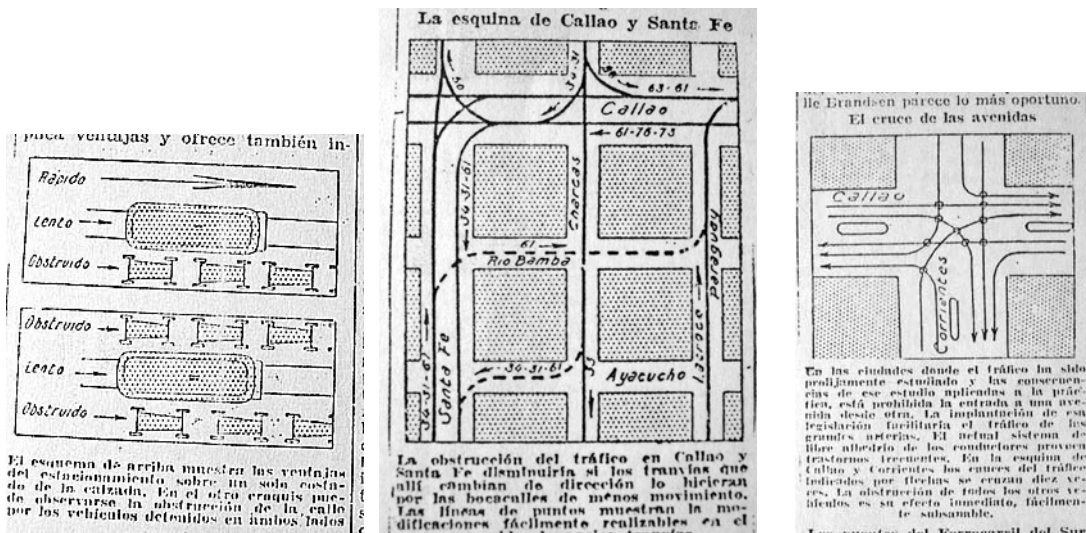
²⁰ La Nación 15-7-1929, p.6

²¹ La Nación, “Un buzón mal situado”, 2,-4-29, p. 6, y “Un buzón bien situado”, 4-4-29., p.6.



Aquí también consigue que la empresa le haga caso y pocos días después anunciará orgulloso que la compañía Anglo-Argentina de tranvías le ha anunciado que dentro de poco adoptará su sugerencia.²²

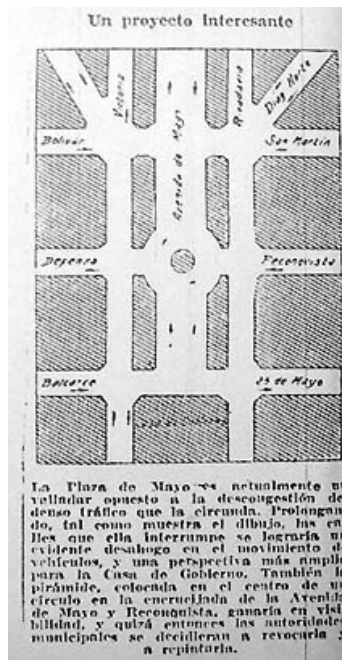
Otro capítulo de sus intervenciones, como dijimos, tiene que ver con el de la cada vez más compleja trama del tráfico urbano, van aquí algunos ejemplos de los problemas y soluciones propuestas por nuestro columnista:



En la primera de las imágenes Scalabrini propone el estacionamiento en una sola mano en las calles en que circulen los tranvías, en las otras dos propone cambios en los recorridos de tranvías y en las maniobras de conducción permitidas, para dos esquinas

²² La Nación, 23-6 y 6-7-29, p. 6

claves del centro porteño: Santa Fe y Callao y Corrientes y Callao. Todavía más osada para la intervención sobre íconos históricos de la ciudad es su propuesta de apertura de las calles que se cortan al llegar a la Plaza de Mayo (cosa que, por supuesto, nunca se realizó)



Esta idea resume que, ante todo, en su ideología “técnica”, privaba la funcionalidad –tema si se quiere vanguardista- por sobre el respeto a alguna tradición simbólica en una ciudad que por otra parte parecía estar inventándolas a todas ellas.

El barrio adecentado

Scalabrini articula a través (o en el negativo de) sus campañas periodísticas, el perfil de la futura Buenos Aires, a la que pese a todas las carencias actuales vislumbra moderna y ordenada. El 21 de marzo de 1929 titula su columna “Los balnearios de ahora vistos desde el futuro”, allí realiza una doble operación, por un lado ve a los porteños comparando su ciudad con la que describían los autores del siglo XIX:

“Las descripciones del viejo Wilde, de Robertson y de Haig sitúan nuestra petulancia sobre atalayas de vanidad y desagradecimiento. (...) A sus casonas anchas, chatas y buenas como la sombra de una parra a la hora de la siesta, oponemos en nuestro pensamiento los rascacielos presuntuosos; a los andurriales y charcas donde el cielo se miraba sin apuro, la lisura de las calles bien pavimentadas; a la pampa indivisa y cerril,

los predios de fecundidad recortada; (...); a las carretas, los trenes y automóviles; a los veleros, los paquebotes; a sus hojuelas de tipografía más despatarrada que un manuscrito, los multifásicos rotativos en que pretendemos detener un instante el inacabable fluir del futuro al pasado.”

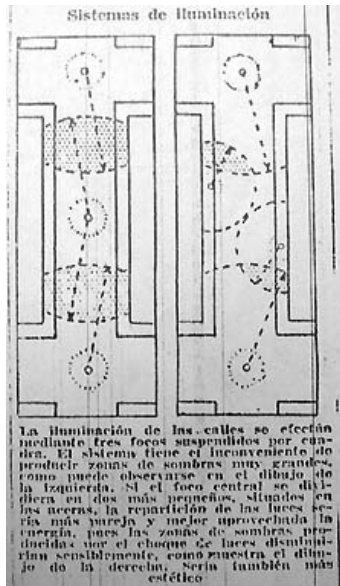
Y a su vez ve al hombre de un futuro que sitúa en 1980, comparándose burlescamente con el presente en que Scalabrini fecha su nota:

“Así también nos medirán los porteños de 1980. Serán poderosos y un poco soberbios y jactanciosos. Se burlarán de nuestros más seguros motivos de alarde, de la reconquista del río por ejemplo. Construcciones suntuosas jalonarán las playas y nuestras precarias explanadas y tinglados les regocijarán cuando las recuerde algún exegeta sentimental: ‘Chapoteando en el agua barrosa de una playa erizada de toscas, donde se hundían los dedos de los pies, los porteños de entonces se anegaban en un simulacro de natación batracia...’²³

Sin concesiones con su presente, Scalabrini traza no obstante una línea de progreso donde se inscribe la historia urbana de Buenos Aires, no obstante las críticas en las que es sin duda generoso, el movimiento hacia ese futuro es irreversible y él es a la vez su crítico mordaz y su cronista entusiasmado.

¿Cómo no abrir entonces su columna diaria a la preocupación por el progreso social –en términos de “adecentamiento”- de los barrios porteños? Gran cantidad de reclamos de todo tipo a este respecto le llegan diariamente y él se hace eco de los mismos prácticamente todos los días. Uno de los más frecuentes tiene que ver con los pedidos de mejor iluminación, en términos que indubitablemente piden arrinconar todo lo posible a las sombras siempre cómplices del delito o del pecado. Scalabrini llega a proponer –y dibujar por supuesto: una mejor forma de lograr una iluminación más plena, y según él, también más estética:

²³ La Nación 10-4-29, p. 6.



Pero claro que aquí no termina su campaña, en verdad lo que más le parece preocupar (por la cantidad de notas escritas al respecto) es la presencia, multiplicada por cada barrio y cada esquina, de las “turbas de muchachos irrespetuosos”, sobre todo aquellos que se dedican al football callejero.

En su nota “Una escuela de campeones” resume sus críticas a este espectáculo urbano:

“Laprida entre Córdoba y Cabrera es el lugar donde en brava liza los pilletes de diez cuadras a la redonda dirimen supremacías ‘footballísticas’. De antemano trenzados en fogosas discusiones llegan un poco después del mediodía. Improvisan con sacos un arco teórico cuya altura varía con la estatura del guardavalla. (...). Desde ese momento la tranquilidad del barrio desaparece hasta la noche. Aquellos forajidos aprendices patean con un denuedo digno de mejor causa y no se detienen hasta que todas las fachadas chorrean de mugre, de barro. La cuadra está bajo su dominio absoluto. Los que intentan oponerse caen víctimas de su vindicta. Tan es así que se han formado cuadros bien constituidos que actúan en ese lugar exclusivamente. Se llaman, según las calles de donde provienen los Defensores de Córdoba, Defensores de Laprida, (...) y los hasta hoy invictos, Defensores de Zelaya. Los vecinos piden que alguno de los agentes destacados en las proximidades sea apostado en una esquina estratégica. Ese agente sería el defensor de la pulcritud y de la tranquilidad vecinal”.²⁴

²⁴ La Nación, 22-7-1929, p.8

Lo que comienza como una pieza literaria cálida y evocadora de amables travesuras juveniles, culmina con el enérgico llamado al orden reclamado por los vecinos. Incluso, Scalabrini da un paso más en este sentido y se pliega (aunque sospechamos que es una iniciativa suya), a la campaña que el matutino está haciendo en ese campo con la inauguración de “Club Infantil La Nación en Villa Luro” formado con el apoyo económico del diario para fomentar el establecimiento de plazas de juegos infantiles en los baldíos. Por eso, el 15 de agosto apoya decididamente la iniciativa de la Sociedad de Fomento de Nueva Pompeya para que la Municipalidad les done un terreno con ese propósito y sentencia: “La iniciativa de la comisión de fomento de Nueva Pompeya es digna de encomio. Si se multiplicaran estas pequeñas superficies, los muchachos podrían jugar reducidos partidos de football, de billarda o de bolita al ñate sin molestar a los vecinos y sin sufrir la persecución de la policía”.

Scalabrini, convertido así en moralizador, deja sin embargo testimonios que merecen ser transcritos en extenso porque condensan en pocas líneas modalidades perdurables de la vida barrial. Muchas veces sus notas parecen estar escritas en diálogo con Arlt, son algo así como *aguafuertes cautivas* del diario “La Nación” y de su ideología moralizante, por ello sin duda, “El Mundo”, lo llamó para cubrir de setiembre a noviembre de ese año la ausencia de del autor de las verdaderas “Aguafuertes Porteñas”.²⁵

En esta clave incierta entre la evocación y la admonición una pieza imperdible es “La Gloria al alcance de un comisario”:

“La cuadra de la calle Conesa entre Olleros y Federico Lacroze ha cambiado de dueño. Ya no es de propiedad municipal: pertenece a una cáfila de pilletes que han establecido allí, con la arrogancia de un señor feudal, el campo de acción predilecto de sus hazañas deportivas. Por turnos, renovándose para no perder la posesión de la tierra, juegan al ‘football’, rompen los vidrios de las puertas y de las ventanas, descortezan y desgajan los árboles, obstruyen el tránsito de peatones, arrojan piedras al interior de las casas por las banderolas entreabiertas, se insultan al paso de las muchachas que van al almacén a comprar uno de esos célebres sifones, tocan el timbre para burlarse de la candidez de las mucamas y, como los antiguos persas, escriben en las paredes la historia de sus proezas, amenizas con leyendas que las niñas no se atreven a leer por temor a sonrojarse. La desesperación de los vecinos es tanta, y tantas fueron sus infructuosas querellas, que han decidido premiar con una estatua al que consiga mitigar sus males. La gloria, pues, está al alcance del comisario seccional, que puede conquistarla con poco trabajo destacando un agente en una de esas esquinas. (...)”²⁶

²⁵ La columna que Raúl Scalabrini Ortiz publicó en lugar de la de Roberto Arlt en *El Mundo*, llevó por título: *Apuntes Porteños*, por rara coincidencia, aquí también le fue asignada a Scalabrini la página 6 del diario.

Un final hasta nosotros

Si Scalabrini será en dos años más quien afirme el mitologema por excelencia de Buenos Aires: aquél que sitúa el alma porteña en la cruz de Corrientes y Esmeralda, debió tener por entonces muy presente que solo podía refugiar allí, en el reducto bohemio del centro lo que por otra parte se estaba disolviendo en los barrios. La puja entre “barrio reo y barrio cordial” siguiendo la expresión de Gorelik²⁷, se iba consolidando en la literatura mientras perdía cada vez más entidad real en la vida cotidiana de Buenos Aires. En tanto que el ascenso social paulatino, pero seguro, de las capas medias urbanas iba relegando al barrio “reo” y elevando al barrio “cordial y progresista”, empujaba al primero a un doble altar en el imaginario social: el de la literatura y el tango. Scalabrini Ortiz, y sus letrados compañeros, ya lo sabían bien hacia fines de los años veinte, él además, lo había palpado en su experiencia de periodista, y aún más: había volcado en sus notas esa rara sensación que seguramente provocaba en sus contemporáneos la rápida transformación del escenario urbano. La misma que ahora, 80 años después, aparece en nosotros al mirar a través de sus ojos una ciudad tan entrañablemente lejana como inquietantemente recordable.

²⁶ La Nación, 5-3-1929, p.6

²⁷ Seguimos aquí a Gorelik en el apartado de su obra “La Grilla y el Parque...”, cit., titulado “El ‘barrio reo’ contra el ‘barrio cordial’”. Al respecto consideramos un aporte de singular importancia el trabajo de Luciano de Privitiello: “Inventar el barrio: Boedo 1936-1942, Cuadernos de Ciesal, N°2-3, Rosario, 1° y 2° semestre de 1994.